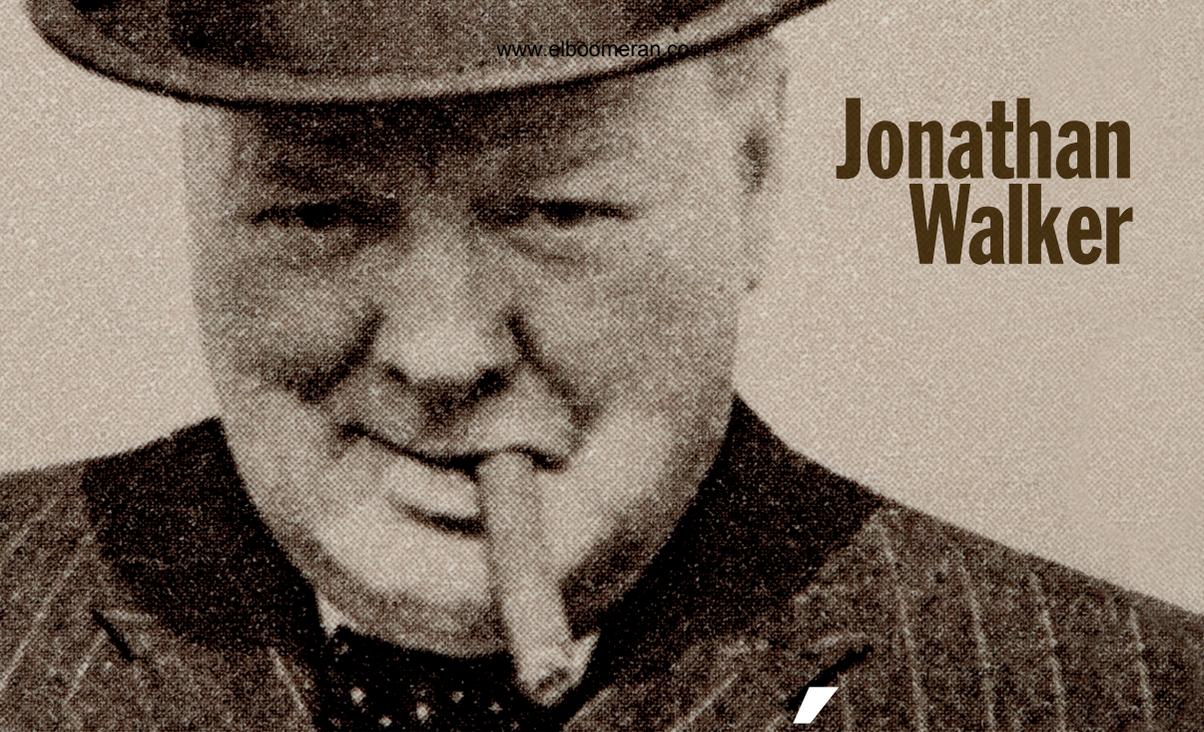


**Jonathan
Walker**



OPERACIÓN «IMPENSABLE»

**1945.
Los planes
secretos
para una
tercera
guerra
mundial**



CRÍTICA

JONATHAN WALKER

OPERACIÓN
«IMPENSABLE»

1945. Los planes secretos para
una tercera guerra mundial

Traducción castellana de
Efrén del Valle

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: junio de 2015

Operación «Impensable»
Jonathan Walker

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Operation Unthinkable*

© Jonathan Walker, 2013
This translation is published by arrangement with The History Press

© de la traducción, Efrén del Valle, 2015

© Editorial Planeta S. A., 2015
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9892-856-3
Depósito legal: B. 10.778 - 2015
2015. Impreso y encuadernado en España por Huertas Industrias Gráficas S. A.

Índice de contenidos

<i>Lista de mapas</i>	9
<i>Agradecimientos</i>	11
<i>Glosario</i>	15
<i>Introducción</i>	17
1. «Un temor no revelado»	23
2. Yalta	29
3. Tres pescadores	49
4. El plan: «éxito rápido»	59
5. El plan: «guerra total»	95
6. Nubes de guerra	111
7. El plan, entregado	139
8. La fortaleza británica	163
9. Halcones estadounidenses	183
<i>Epílogo</i>	195
<i>Notas</i>	199
<i>Bibliografía</i>	233
<i>Índice analítico</i>	249
<i>Índice de contenidos</i>	261

1

«Un temor no revelado»

WINSTON CHURCHILL, 23 DE FEBRERO DE 1945

Churchill no aceptó el reto de convertirse en el principal escéptico con respecto a Stalin hasta estadios posteriores de la guerra. Antes fueron los polacos quienes advirtieron en vano a Occidente de sus ambiciones, que habían sufrido en sus carnes. La anexión del este de Polonia por parte de Stalin en 1939 fue un acto manifiesto de duplicidad, además de una agresión brutal. Más tarde, la necesidad de una alianza contra Hitler había llevado a los polacos a aceptar a los soviéticos como aliados, pero esa agresiva relación se desmoronó finalmente en 1943, cuando la Unión Soviética rompió relaciones con el gobierno polaco en el exilio, instalado en Londres. Esta crisis estalló después de que los polacos exigieran una investigación de la Cruz Roja sobre la masacre de Katyn, donde, por orden de Stalin, fueron ejecutados más de 21.000 miembros de la élite polaca, entre ellos mandos militares, profesores y escritores.¹ Pese a las presiones de los Aliados occidentales, Stalin se negó a retomar las relaciones con los polacos de Londres en 1944, afirmando que habían rechazado sus peticiones de cesión del territorio polaco oriental. Alegó incluso que, en 1944, la intransigencia polaca le había obligado a crear un «Comité Nacional de Liberación» en Lublin que incluía a polacos comunistas y de izquierda. Ese comité, también conocido como PKWN (Polski Komitet Wyzwolenia Narodowego) pronto se convertiría en

el ejecutivo polaco patrocinado por Stalin, lo cual acabó con las esperanzas occidentales de un gobierno democrático.

Cuando 1944 tocaba a su fin, la estrategia de Stalin para la dominación de Polonia estaba tomando forma. La resistencia polaca, encarnada en el Ejército Nacional, había quedado prácticamente destruida en el levantamiento de Varsovia y, si bien su espíritu no se vio socavado, su estructura de mando y sus operaciones quedaron gravemente diezmadas a finales de año.² Para entonces, las fuerzas soviéticas habían invadido Rumanía, Bulgaria, los estados bálticos y grandes extensiones de Hungría. Se habían adentrado en Prusia Oriental y ocupado una amplia franja de Polonia hasta el río Vístula. Stalin imaginaba que pronto dominaría casi toda Europa del Este y que entonces gozaría de poder para dictar sus condiciones a los Aliados. Entre tanto, Churchill, y sobre todo Roosevelt, estaban desesperados por evitar un enfrentamiento total con Stalin por Polonia. Churchill presionó al gobierno polaco en el exilio para que aceptara la pérdida de su territorio oriental, sobre todo porque se suavizó con la oferta, una vez finalizada la guerra, de una parte equiparable de territorio alemán más al oeste.

Pero Gran Bretaña o, más concretamente, sus mandos militares, no se plegaban del todo ante Stalin. En julio, apenas un mes después de los aterrizajes del Día D, en el Ministerio de Guerra británico estaba debatiéndose la planificación de posguerra, y el 27 de julio, el mariscal de campo Sir Alan Brooke, jefe del Estado Mayor General del Imperio, se reunió con Sir James Grigg, secretario de Estado para la Guerra, con el propósito de hablar del futuro desmembramiento de Alemania. ¿Debían repartírsela entre las grandes potencias o, tal como defendía Brooke, «convertirla gradualmente en un aliado para enfrentarse a la amenaza rusa en los veinte años» posteriores? Aquella noche anotaba en su diario: «La potencia dominante en Europa ya no es Alemania, sino Rusia... Tiene grandes recursos y dentro de quince años se convertirá en la principal amenaza».³ Sin duda, esto se contradecía con la opinión que imperaba en el Ministerio de Asuntos Exteriores británico (MAE), según el cual, Occidente podría contener fácilmente cualquier amenaza soviética futura.⁴

Esta división entre los soldados y los diplomáticos estaba agrandándose, y Brooke se oponía a la actitud del Ministerio de Asuntos Exteriores. La entrada de su diario correspondiente al 2 de octubre de 1944 dejaba entrever su frustración por la actitud de los diplomáticos hacia los soviéticos:

Comité de Jefes del Estado Mayor bastante largo en el que hemos comentado la actitud del Ministerio de Asuntos Exteriores ante nuestro informe sobre el desmembramiento de Alemania. Tuvimos en cuenta el posible futuro y la amenaza más distante que constituía la agresividad de Rusia para nuestra seguridad. Al parecer, el MAE no era capaz de admitir que algún día Rusia podía volverse hostil.⁵

En realidad, figuras destacadas del Ministerio de Asuntos Exteriores como Christopher Warner, su jefe del Departamento del Norte, «titubeaban» constantemente ante la idea de pergeñar planes para un conflicto con la Unión Soviética. Warner temía que Francia sucumbiera a una invasión comunista después de la guerra y, si esos planes de guerra existían, el ejército sentiría la tentación de probarlos en tierras galas. Con este propósito aprobó «un tratamiento especial de seguridad» para cualquier documento del MAE que mencionara a los soviéticos como un posible enemigo. A finales de 1944, la idea predominante en Whitehall era que Stalin intentaría complacer a Occidente otros diez años, aunque solo fuera para reparar los daños que había supuesto la guerra para la economía soviética. Sospechaban que Stalin quería que los países fronterizos con la URSS siguieran la misma política exterior, pero que no insistiría necesariamente en que tuvieran gobiernos comunistas. Por ello, no se esperaba que una actitud tan benigna por parte de los soviéticos desafiara los intereses imperiales británicos.⁶ Sin embargo, esta perspectiva del MAE solo contemplaba la situación a través de los ojos de una democracia occidental responsable, que se daría cuenta de que los enormes costes de la restauración de posguerra supondrían una reducción en el gasto armamentístico y un recorte de la política exterior. Por supuesto, esas restricciones no afectaban a Stalin, cuyo gasto en material militar no conocía límites.

El Ministerio de Asuntos Exteriores británico se mostraba optimista, cuando no ingenuo, en lo tocante a pactar una solución con Stalin sobre el futuro de Polonia. Los analistas británicos no despreciaban los problemas que entrañaría negociar con los soviéticos, pero parecían patéticamente agradecidos por cualquier migaja que dejara Stalin:

Consideramos que Polonia debe mantener unas relaciones lo más cercanas y amigables posibles con Rusia, pero que debe ser plenamente independiente y de ningún modo una marioneta de la Unión Soviética. Un pacto que siguiera las líneas anteriores constituiría, a nuestro juicio, un cumplimiento total de nuestras obligaciones con Polonia. En lo que respecta a declaraciones públicas y privadas, no hay discrepancias entre nosotros y el gobierno soviético sobre la política anterior. De hecho, en su última conversación en Moscú con M. Mikołajczyk, el mariscal Stalin fue más allá de lo que esperábamos al alentar positivamente a los polacos a mantener su actual relación con Gran Bretaña y Estados Unidos, además de entablar una nueva alianza con Rusia.⁷

En el MAE algunos temían incluso que llegara el día en que la ciudadanía británica se diera cuenta de que el «Tío Joe», Stalin, no era lo que parecía. Si la presión ciudadana empezaba a desbaratar el statu quo, arruinaría la tan cuidada relación entre Londres y Moscú.⁸

En octubre de 1944, el primer ministro polaco, Stanisław Mikołajczyk, antes rechazado por Stalin, se reunió con Churchill en Moscú para intentar fraguar una reconciliación desesperada en la cuestión de la frontera polaca. Pero fue en vano. Mikołajczyk se dio cuenta de que, en última instancia, la Unión Soviética quería engullir a Polonia y mantuvo su postura ante Churchill. Se produjo una furiosa discusión entre ambos y Churchill estalló ante la intransigencia del líder polaco. «Le contaremos al mundo —gritó Churchill—, lo poco razonable que es. Empezará usted otra guerra en la que se perderán veinticinco millones de vidas. Pero eso le da igual.» Así que Mikołajczyk se vio presionado a aceptar la propuesta de la Línea Curzon (la antigua frontera entre Polonia y la Unión Soviética que habían planteado los británicos en los años veinte), pero trazó una línea metafórica en la gestión de Lwów y los campos de petróleo de

los Cárpatos. Incluso esa postura fue demasiado para sus rígidos compañeros de gobierno exiliados en Londres, que no le permitieron ceder ningún territorio. Al no tener alternativa, Mikołajczyk dimitió como primer ministro el 24 de noviembre de 1944, y fue sustituido por el anciano socialista Tomasz Arciszewski, un implacable opositor de Stalin. Semanas después, los polacos de Lublin se declararon el gobierno provisional de la República de Polonia. A comienzos de 1945, la Unión Soviética reconoció formalmente al nuevo gobierno polaco, lo cual dejó a Churchill y Roosevelt pocas opciones políticas. Incluso en el ámbito militar, los acontecimientos no eran propicios para los Aliados occidentales, ya que sus fuerzas se habían topado con una sólida resistencia alemana en las Ardenas. Era necesaria otra conferencia con Stalin.

Sin embargo, antes de que el mariscal de la Unión Soviética aceptara tal cosa, se cercioró de que el Ejército Rojo hubiera avanzado lo máximo posible y de que las tres grandes capitales, Berlín, Budapest y Praga, se hallaran bajo su dominio. El 17 de enero de 1945, el Ejército Rojo también ocupó lo que quedaba de Varsovia, y semanas después conquistó Cracovia, situada más al sur. Por tanto, una vez afianzado en una posición de mando, Stalin aceptó la solicitud de los Aliados occidentales para mantener otra reunión de los «Tres Grandes».

El lugar adecuado para celebrar dicha reunión se vio condicionado por la negativa de Stalin a alejarse demasiado de casa. El presidente Roosevelt propuso Yalta, un centro turístico situado en la «Riviera de Crimea». Al principio hubo cierta confusión sobre si se refería a Malta en lugar de Yalta, pero una vez que se hubo aclarado, el único problema para Stalin era el estado físico del lugar. Los alemanes habían convertido Crimea en un páramo; el campo había quedado devastado y las carreteras estaban salpicadas de minas. Al Ejército Rojo, siempre capacitado, se le ordenó que restaurara por completo Yalta y sus alrededores. Se encomendó a 30.000 soldados soviéticos la custodia de las carreteras y el centro turístico, y de Moscú llegaron 1.500 vagones cargados con grandes cantidades de ropa de cama, comida, bebida y muebles, además de cristal para reparar las ventanas rotas de las casas.⁹

Mientras las tropas soviéticas remendaban Yalta para la conferencia, las delegaciones estadounidense y británica hicieron un alto en Malta. Pero si Churchill y su secretario de Asuntos Exteriores, Anthony Eden, esperaban mantener conversaciones previas con Roosevelt, se sintieron decepcionados. Según Eden, aunque el presidente llegó con gran ostentación, la enfermedad lo agotó pronto y su hija le distraía, de modo que no hubo conversaciones con los británicos. Eden recordaba que, si bien Roosevelt estaba enfermo, reinaba la constante sensación de que el presidente y sus ayudantes no querían «juntarse» con sus aliados británicos o que los vieran haciéndolo antes de reunirse con la delegación soviética. Ello supuso que no hubiera preparación antes de saltar al cuadrilátero con Stalin en Yalta. En cuanto a la cuestión polaca, fue un error fatal.¹⁰